

# Astrónoma vuelta Luna

José Luis Ramírez

Navegamos ChakanPutum, KaanPech, Yobain. Luego, atravesamos andando hasta Tecoh, capital de AhKinChel, donde perdimos a HunabKu, mi padre, líder conjunto de los Yoko-Yinikob y las Yoko-Ixikob, los hablantes de la lengua verdadera.

Sin embargo, no tenemos tiempo para llorarle.

Asuntos de lo más urgentes nos han traído a estas tierras. Convocados en la boca del ts'ono'ot de las iguanas, requeridos hoy: 9.4.10.15.2, 2-Ik', 5-Sek, glifo quinto.<sup>1</sup>

Hija segunda de HunabKu, es mi responsabilidad llevar la cuenta larga de las noches. Mi nombre es IxU, hermana de IxTab, ella es quien habla por las mujeres de mi pueblo junto a su esposo Chamer, que lo hace por los hombres.

En la triple frontera los caciques ofrecen paz, unión, el renacer del imperio, construir una gran ciudad aquí mismo; no muestran que solo buscan más tierras y agrandar sus ejércitos, establecer su poderío sobre las rutas de comercio.

Pretenden hacerse con el control del sacbeob, nuestra red de caminos terrestres y marítimos. Por eso eligieron tan cuidadosamente la fecha para mandar a traer a los líderes y sabios.

Itzamna, con su acento de los chânes de Bakhhalal, habla del futuro claramente, como viéndolo a través del agua.

—No regirá uno solo, sino que lo haremos en concilio —dice—. Governaremos en una casa de piedra con muchas habitaciones. Nadie por encima del otro. En las paredes labraremos las reglas por las que se rigen el mundo y los hombres.

—¿Quién dictará esas leyes? —lo cuestionan duramente.

Pero Itzamna responde que así como la naturaleza revela las suyas a los sabios, los pueblos harán lo propio.

Los debates se alargan, así que deciden darse un tiempo para discutirlo cada quien con los suyos tras cenar. La gran asamblea se disuelve en grupos más pequeños; reunidos alrededor del fuego, buscan alianzas de un lado u otro.

Veo a Itzamna recargado en un árbol a orillas del campamento, separado del resto. Dejo a IxTab discutiendo con nuestros vecinos de ChakanPutum y con los señores de Chactemal, la más lejana de las provincias invitadas.

<sup>1</sup> La fecha corresponde al 20 de junio del año 525, según el calendario maya.

Entonces me acerco ofreciéndole uno de los dos cuencos que traigo de nuestra mesa.

—¿En verdad, gran señor, cree en su dicho a los otros? —pregunto en el dialecto usado aquí por todos.

Acepta el pozol, bebe un trago gustoso y sonrío agradecido; la suya es una expresión que me arrebató.

Me dice en la lengua verdadera:

—Tan cierto como que su belleza supera la del arcoíris, mi señora.

Nos entregamos esa noche.

\* \* \*

—HunabKu no lo habría permitido. —Chamer se lo ha dejado muy en claro a IxTab apenas se entera.

Se lo he contado a mi hermana en confidencia, aunque no hace falta cuestionarse por qué lo ha dicho ella a su esposo. Es un asunto de estrategia; nuestros vecinos verán traición teniendo un segundo frente que defender.

Además, me entero hoy, el señor de AhCanul ha mostrado ayer a Chamer sus intenciones para casarme con su heredero: un gordo con aliento a frijoles, cuyo litoral asegura nuestro dominio sobre la cuenca de los mares.

—¿Qué voy a hacer? —me lamento.

Y es la voz de mi hermana IxTab quien sentencia mi destino:

—Han de enfrentarse esos dos, seas tú para el único que quede en pie.

El joven campeón de Bakhalal parece destinado a vencer: no solo ha sido entrenado desde niño en política y arquitectura, sino también en combate. No llevan armas ni ayudas; para probarlo se enfrentan desnudos uno contra el otro en el campo, enmarcados por la gente de todas las provincias.

El heredero de AhCanul lleva las de perder. Ya tiene una rodilla en el suelo, el rostro en sangre viva todo amoratado. Apenas puede ver a su oponente a contraluz, quizá compadeciéndose de él mismo hasta ese último momento que la fortuna ha esperado para sonreírle.

Sé que la siente entre sus dedos, que pone lo último de sus fuerzas en impulsarse para golpear con la roca la sien del adversario. Mi amado. Lo mata al instante. Hay un silencio de pronto por la sorpresa, pero enseguida la multitud comienza a gritar, aclamándolo:

—¡AhCanul, AhCanul, AhCanul!

Mientras, se regocijan todos en mi tragedia, llevándose en hombros al verdugo. Mi corazón y todo Uaymil lloran la pérdida del gran señor Itzamna.

Llegada la noche, Uaymil guarda luto, y aunque los festejos de AhCanul siguen,

solo Chamer ha ido en representación nuestra. IxTab se ha disculpado por ella y por mí, diciendo que deberían prepararme para las bodas.

Entra a nuestra tienda maldiciendo a aquel que ha vencido con trucos sucios, jurando que nunca nadie jamás pronunciará su nombre en nuestra presencia.

—Debes irte —me dice, y sé que ha ideado un ardid cuando ella misma ayuda a intercambiar mis ropas con una de sus doncellas—. No pueden acompañarte los nuestros, pero sí unos pocos de Cobá, Polé y Xel-Ha, quienes se adelantarán a sus tierras.

Me besa en la frente, como disculpándose, aun sin tener ella culpa en lo acontecido.

—No vayas a Zamá; debes considerar Uaymil tu enemigo —ella está igual que yo, sorbiéndose las lágrimas—. Ve hacia donde nace el Sol, no te detengas hasta que se acabe la tierra y sigue incluso si puedes.

Dejo nuestro campamento adentrándome en la selva oscura; todavía antes de que mis ojos se acostumbren, escucho los murmullos de la gente de Ekab.

—InLaàk'ex —susurro en dialecto.

—ALaàk'en —responde alguien, aceptando mi mano en la suya, enredando nuestros puños.

\* \* \*

Caminamos juntos durante semanas hasta acercarse cada cual a su aldea; entonces, quedo sola en Polé.

Según cuentan las noticias me he matado yo misma, colgándome; aunque al romperse la cuerda, el cuerpo yace en lo profundo del ts'ono'ot. Aún así, siguiendo el consejo de IxTab, bordeo la costa lejos de Uaymil.

En el camino hay quienes se me unen, conmovidos quizá porque comienza a notarseme el embarazo, o huyendo también del cacicazgo.

En cualquier caso, decidimos embarcarnos hacia la isla. Ocultos por la noche, confiando nuestra dirección a la Luna y a su séquito de estrellas.